











Abril de 1940



GL BPOSTOL DEL SANCISIMO SANCISIMO SANCIO















Año XXXV Nº 4

Kateri Tekakwitha

Lirio de los Mohawks

De entre los indios que vagaban por los bosques norteamericanos hace unos trescientos años los más feroces y belicosos eran los Mohawks. El mismo espíritu que a los hombres, dominaba también a las mujeres. Parece, pues, extraño dar a una de éstas un nombre que sea emblema de dulzura y pureza llamar a Kateri Tekakwitha "Lirio de los Mohawks".

Es más extraño aún que las virtudes de ésta florcita de las selvas americanas que murió hace más de doscientos cincuenta años, teniendo ella solo 24 años de edad, hicieran impresión profunda no solo entre su propia gente sino también entre los colonos de Nueva Francia. Pero lo más extraño de todo es que la historia de su vida más que la de ningún otro indio haya sido escrita por más de una pluma, y su retrato sea el único auténtico entre los indios de aquellos tiempos: todo porque su vida fué por extremo buena y pura aún antes de su conversión al Cristianismo, y después de ésta fué una verdadera historia de heroísmo v santidad.

Los Mohawks eran conocidos como indios de cabaña, porque vivían en unas cabañas cuyas paredes estaban hechas de palos delgados clavados en tierra y doblados para formar un techo cubierto de cortezas para defenderse del frío y de la lluvia. De ordinario vivían más de una familia, a veces 20 o 30 en una de estas cabañas, que se

llamaban "Casas Grandes", y cada: familia ocupaba unas secciones o departamentos situados a uno y otro lado de un corredor, con una fogata para cada cuatro de estos departamentos.

Los hombres eran perezoses, jugadores, borrachos, amigos de fumar y contar y oir cuentos. Cualquiera industria que hubiera la dejaban a las mujeres y niñas. Estas se ocupaban en hacer de pieles de animales, camisas o pantalones, o sus propias chaquetas y enaguas que teñán y adornaban con cuentas de vidrios o mechones de cabello; hacían también polainas y mocasines; fabricaban objetos de alfarería y también cunas para mecer a los bebés mientras la madretrabajaba.

Los que en tiempo de guerra permanecían en casa, ancianos, mujeres y niños, se retiraban al interior del castillo, fortaleza o palizada, como se llamaba, porque estaba construída por una doble fila de recios arbolitos, compuestos de guardia en cada angulo, y plataformas entre las barreras, sitios a los que podían subir los defensores para repeler a los asaltantes por medio de las lanzas, o flechas, y a veces con agua hirviendo.

Entre gente como ésta nació Kateri Tekakwitha por el año de 1656. Su padre fué un guerrero Mohawk, pagano: su madre una Algonquina cristiana a quién él había capturado en Trois Rivières, Canadá. Hubo en la familia otro

Dios, y para conmemorar eternamente el sacrificio del Calvario, ofrece a las miradas de todos su mismo sacrificio, real, vivo, incesantemente renovado. Este memorial que nos da, fijémonos bien, no es

un vago recuerdo, es una realidad adorable.

Memorial expresivo, en verdad. El mismo Jesús está allí, sobre el altar; está verdaderamente, realmente, substancialmente: verdaderamente y no por figura, realmente y no por simple recuerdo de la fe, substancialmente y no por una gracia comunicada desde lejos. Es Sacerdote y Víctima como entonces lo fué en la Cruz; se ofrece al Padre y se inmola por nosotros, "imprimiendo su muerte en nuestro pensamiento" —dice Bossuet— imprimiéndola hasta en el fondo de nuestras almas.

Memorial universal' según el Profeta lo había entrevisto: "En todo lugar es sacrificada y ofrecida en mi nombre una hostia pura". Reprodúcese en todos los lugares, en lo interior de nuestros iglesias y bajo el cielo abierto, en lo alto de las montañas y en el fondo de los valles, en las costas ardientes y en los desiertos de hielo, en todo lugar, en fin, donde el hombre ha alzado siquiera una tienda de campaña. Y así como, durante las noches serenas, se ve el cielo salpicado de gotas de luz, así, en medio de las tinieblas del mundo, los ojos de la fe descubren en la superficie del globo una multitud de puntos luminosos: Jesús brilla en el firmamento de nuestro destierro. Contiénelo la iglesia de cada lugar, y en las grandes ciudades multiplícase tanto su presencia, que semeja una vía láctea del amor y del sacrificio. No hay región de donde se halle desterrado: el mundo está lleno de Cristo, radiante por Cristo, y los ángeles se inclinan hacia la tierra con adoración porque toda ella está constelada de Jesús.

Memorial perpetuo: "desde que el sol sale hasta que se pone". Ni una hora pasa sin oblación de la Víctima. Al girar, la tierra presenta sin intermisión a los rayos del día y a los homenajes de las almas la Hostia santa, pura y sin mácula. Oyese de continuo la voz del Cordero, voz de sangre derramada que pide misericordia. Y así será hasta la consumación de los siglos, pues así lo ha querido Jesús, y su mandato es eficaz.

Ab. Buathier

ROGUEMOS POR NUESTROS DIFUNTOS

[†] Sra. Angela L. de Pellegrini — Suscr.

⁺ Sr. Pedro de Tomasi — Ad. Noct.

[†] Sr. Roque V. Prats — Suscr.

⁻ Sra. Lorenza L. de Mercato, Santa María (Catamarca) — Celadora ed "El Apóstol".

⁺ Sra. Baría Schieder de Amherd, San Gregorio Norte — Suscr.

⁺ Sra. G. de Fernández Basualdo.

niño, menor que Kateri. El paganismo entre los Iroqueces tomaba formas tan diversas entre si, como la adoración del sol y la de los demonios puesta a manifiesto por las horribles máscaras demoniacas que usaban y por los encantamientos de sus brujos.

Tekakwitha vivió cuatro años en Auriesville, hasta 1660, en que la viruela la obligó a retirarse a una milla más al oeste de la tierra infestada. En esta epidemia perdió Katerí a su padre, a su madre y a su hermano, y ella misma quedó desfigurada para toda su vida. Pasó entonces al cuidado de su tío y vivió en su cabaña, junto con la esposa y la hermana de éste.

El nuevo sitio lo llamaron Gandaouage. Más no fué permanente. Entonces fué cuando teniendo Tekakwitha solo 10 años de edad y siguiendo la costumbre de los Mohawks, sus tías como encargadas de ella, la prometieron a otro jóven con intención de un futuro matrimonio. Seis años después, éste pueblo como todos los demás, fué arrasado por el General de Tracy, quien vino con su ejército desde Quebec para vengar las muchas invasiones que los Iroqueces habían hecho contra los Franceses y sus aliados los Huroneces y Algonquines y quebrantar el poder de los Iroqueces, escarmentándolos para que no hicieran más incursiones en Nueva Francia.

Gandaouage fué construído poco a poco al lado septentrional del río, primero en la orilla al este de Fonda y después, alrededor de 1668, en la prominente colina que mira hacia dicha ciudad, al presente, capital del condado de Montgomery. El nombre Gandaouage, significa torrentes y como por doquiera los había, el nombre no cambió, pero en otra forma del mismo, Caughnawaga; es el que se usa más comúnmente. Vivió aquí Tekakwitha unos ocho años. La leyenda ha designado

con su nombre en honor suyo una famosa fuente que está en éste sitio y que da agua suficiente para mover una fábrica de guantes que actualmente se halla allí. Diariamente en compañía de otras indias venía por agua a ésta fuente, que se llama hoy día "Fuente de Tekakwitha".

Otra vez sus tías procuraron forzarla a contraer matrimonio, introduciendo en su cabaña a un joven indio.

Si hubiera consentido ella sentarse junto a él y ofrecerle de comer, el matrimonio se hubiera realizado.

Mas, indignada y resuelta a permanecer célibe, salió de la cabaña. Tenía entonces unos once años. Sus tías la trataban ásperamente, más ella permaneció constante en su resolución.

La madre de Tekakwitha era Cristiana pero sus hijos no habían sido bautizados porque los misioneros que venían a los Mohawks, cuando ella vivía, venían a estos lugares, como Ponset y Bressani, en calidad de cautivos y estaban constantemente bajo guardia; o como Le Moyne cuya embajada breve como misionero mensajero del Gobernados General del Canadá no le permitió hacer nada como misionero. Los Mohawks odiaban a los "Ropa Negra" como llamaban a los misioneros. Solo diez años antes del nacimiento de Tekakwitha habían matado al Padre Jogues y a su compañero Juan de Lalande, y cuatro años ante a René Goupil, también compañero de Jogues, por enseñar la Señal de la Cruz a los niños del bueblo.

Tekakwitha solía asistir a la capilla y concibió un gran deseo del bautismo, pero el Padre misionero, por no incurrir en el disgusto del jefe, tío de ella, dudaba urgirla que lo pidiese. Esto podía destruir todo el bien que se había hecho con los indios Cristianos, antiguos y nuevos. Pero la Divina Providencia halló manera de efectuar lo

que Tekakwitha y el Padre Misionero, el P. De Lamberville, tanto deseaban.

Pasaba un día el Padre cerca de la cabaña de Tekakwitha. Entonces ella. tomando ésta visita como ocasión de abrirle su alma, le dijo cuan ardientemente deseaba hacerse Cristiana. Más él le recalcó la oposición de su tío. Ella insistió en su demanda con tal convencimiento y le satisfizo tan plenamente de que se mantendría firme contra cualquier oposición, que al fin sintió él que ésta vocación era de Dios y se decidió a bautizarla sin la prolongada preparación requerida para otros. Más aún, tal era el respeto que le tenían la gente de su tribu, asi paganos como cristianos que el Padre hizo de su bautismo, el Domingo de Resurrección, el 18 de Abril, 1676, una ocasión de regocijo para todo el pueblo. La vereda que conducía a la iglesia se convirtió en una avenida de pinos, la nave lateral y el presbiterio de la iglesia se tapizaron con pieles de nutrias, castores, martas; venados, zorras y cebellinas, pieles que también colgaron de las paredes. Las mujeres adornaron el presbiterio con las alhajas que habían recibido de los Holandeses y Franceses a cambio de pieles. Al bautizar a Tekakwitha con el nombre de Catarina, o en la forma india Kateri, de Lamberville sintió que solemnizaba la entrada al cuerpo de la iglesia de una que por deseo, creencia y bondad había sido durante toda su vida miembro vivo de la Iglesia. El nombre fué bien elegido: significa pura. Ahora más que nunca era verdaderamente el lirio de los Mohawks.

Kateri pudo por un tiempo gozar completamente en paz de la alegría que recibía con las visitas a la iglesia, asistiendo al Santo Sacrificio, Bendición y otras devociones, siendo educada en la Virtud e instruyendo a su vez a otros en la Fe. Mas esto no había

de durar. Tanto influía su ejemplo. que los enemigos implacables de la religión cristiana, los brujos, incitaron a los maliciosos en contra de ello. Los jóvenes comenzaron a tirarle con lodoy a apedrearla. Los jóvenes salvajes tendían lazos a su castidad. Un salvaje borracho, sugestionado por el tío de ella, según se cree, la amenazó con su hacha de guerra si no abjuraba de la fe. A lo cual ella valientemente contestó: "Podrás arrebatarme mi vida pero no mi fe". La obligaron a hacer todo el trabajo de la casa y del campo y porque pasaba mucho tiempo en la capilla, su tía la motejaba de holgazana.

No sólo sufrió Catarina el mal trato. las amenazas y calumnias de los paganos de su tribu, sino que además deploraba los escandalos que veía, las orgias con sus borracheras y deshonestidades, la idolatría, las crueldades que se hacían con los prisioneros de guerra. Pura como un lirio, la corrupción que la rodeaba por todas partes le dolía más que los insultos y las injurias deque ella misma era objeto. Más Dios en su misericordia había ordenado que los sufrimientos de ella tuvieran fin.

Precisamente porque los malvados de las tribus indias, aún en la parte Canadiense de Nueva Francia, hacían imposible a los indios Cristianos permanecer constantes en su fé, los Padres. misioneros habían establecido una casa. para ellos a la orilla de San Lorenzo, cerca de Montreal. Al principio era solo para ellos, Huroneses, Algonquines, Ottawas, Eries y Neutros; más ciertos indios cristianos y paganos de la nación Iroquesa, los Onondegas, viajando a Quebec en busca de atención médica, pasaron por esta nueva casa de San Francisco Javier próxima al salto de las aguas, y se prendaron tanto de la paz, industria, sobriedad y de las otras virtudes que allí reinaban, que optaron

los unos por quedarse, y los otros por volver a su nación y contar lo que habían visto e inducir a los cristianos a que buscasen abrigo en lo que había de ser Caughwaga del Canadá. Cuando iban de camino se detuvieron en el pueblo de Tekakwitha y ella al oírlos le pidió al padre de Lamberville que le ayudase a escapar de Caughnawaga y de los Mohawks para irse a la misión de San Lorenzo.

Era el verano de 1676. La jornada desde Caughnawaga de Fonda hasta la misión al sur de Montreal era de más de doscientas millas, la mayor parte por agua, ahora bordeada por ferrocarriles, lo restante por selvas vírgenes. Los indios hacían el camino rápidamente, a veces corriendo. Más con Catarina lo hicieron más despacio. Sus compañeros eran su cuñado, esposo de su hermana adoptiva y un Hurones de Lorette, Canadá. Como no podían viajar tan de prisa como de costumbre, su tío los alcanzó, más la escondieron en un matorral mientras los demás fingieron estar de caza y lo engañaron completamente.

Puede una imaginarse su recepción aún antes que Cholenec leyera la carta del Padre de Lamberville, al ver en el semblante y en las maneras de Tekakwitha muestras evidentes de virtudes excepcionales. La alojaron en la cabaña de su cuñada donde residía también una india muy devota llamada Anastasia, una de las favorecedoras de los padres misioneros, y entonces pudo plenamente ejercitar su fervor. Se hallaba en la capilla tan pronto como ésta se abría, aún en las más frías mañanas, y se quedaba allí hasta que todas las misas habían terminado.

Allí pasaba todo el tiempo en que no estaba ocupada, y los domingos, el día entero. No es extraño pués, que le permitieran hacer su primera comunión el día de Navidad después de su

llegada, en vez de hacerla esperar un año o más para prepararse. Ni es extraño tampoco que las paredes de la iglesia, fueran festoneadas con ramas de pinos, adornadas en ocuentas, conchas y alhajes, y el suelo cubierto de pieles. La gente veneraba a Kateri aún antes de su muerte. El mismo día le concedieron el singular honor de entrar en la asociación de la Sagrada Familia a la cual se admitía a muy pocos escogidos. Recibía la Sagrada Comunión tan frecuentemente como lo permitía su director y tan expresiva era su devoción que los otros que comulgaban procuraban estar cerca de ella para acrecentar su propia devoción.

Cuando se ocupaban en las selvas en cortar árboles o durante la temporada de caza solía esculpir en un tronco una cruz para venerarla, y por eso su director al pintar su retrato poco después de su muerte la representó en esta actitud con una tosca cruz de la selva.

Tanta distinción no podía menos de excitar envidias, y dos veces fué víctima de atroces calumnias. Ella padeció ésta humillación con serenidad y sin resentimiento contra sus acusadoras quienes, después de su muerte, cuando vieron que todos los demás disentían de su parecer, se retractaron y deploraron sus acusaciones.

Sus amigos y particularmente su tía adoptiva, le urgían a que se casara. Y aún persuadieron a su director a que la indujera a que lo considerase. Cuando tenía onces años de edad, en Caughnawaga de los Mohawks, había resistido a todos los conatos de su tía en forzarla a que se casáse. Tan perfectamente convenció al padre Cholenec que en toda su vida estaba determinada a no casarse y permanecer virgen, que le permitió hacer voto de virginidad a Dios, siendo la primera de

su raza que se conoce haberlo hecho. Esto tuvo lugar en la fiesta de la Anunciación de 1679.

Fué un gran día para la misión del Salto. Mas que cualquier sermón de los misioneros, este acto tan sublime de Tekakwitha inspiró una nueva fé. sacrificio propio y constancia a su gente. El que a una de los suyos se le permitiera hacer lo que solo se permitía a muy selectos de entre la gente más civilizada, cambió completamente la manera de vivir en Caughnawaga. Los hombres concibieron más alto respeto a las mujeres, y de estas las que estaban libres, querían imitiar a Kateri. La sangre derramada por los misioneros mártires, los trabajos de sus compañeros, las oraciones y propios sacrificios, ahora daban su fruto. La sangre de los mártires es semilla de cristianos. Se ha afirmado como consecuencia del martirio de Isaac Jogues, Juan de Brebeuf, Gabriel Lallemant y sus compañeros tan claramente, que ciertos historiadores de la Iglesia que solían mofarse de la pérdida de tiempo. de los trabajos, sufrimientos y sacrificios, ahora han guardado silencio. Han reconocido que el producir una florecita de santidad, tal como fué Tekakwitha y centenares de hombres y mujeres de su tribu, fué fruto de tales sufrimientos y sacrificios.

La salud de Kateri, débil desde su niñéz, comenzó a empeorar. La consunción la minó rapidamente. Cuando se acercaba su muerte, el Domingo de Ramos de 1680, le dieron los misioneros los últimos sacramentos en su cabaña en vez de llevarla a la iglesia, como era costumbre.

La gente de su tribu estaba en su cabaña como en un santuario. Abrazando estrechamente su crucifijo y exclamando: Jesús te amo, y diciéndoles dulcemente a sus amigos lo que haría por ellos después de su muerte, promesa que cumplió, murió el miér-

coles siguiente, 17 de Abril. Su rostro perdió cuanto lo desfiguraba y quedó hermosísimo.

Su entierro no fué ocasión de tristeza, sino de triunfo. El pueblo insistía en que se enterrase en la iglesia, más ella, poco antes de morir, había señalado ya el lugar de su sepultura y allí la sepultaron los Padres. Este sitio quedaba en Prairie de la Madeleine, ahora llamado Côte de Sainte Catharine, Sus. restos siguieron las peregrinaciones de la misión: En 1689 a Kahnatakon, donde permanecieron un tiempo bajo el altar; entre 1696 y 1719 a Kahnatakwenke, donde reposaron de nuevo en la capilla, ahora se guardan como un tesoro en un ataúd en la bóveda de la iglesia, sellados por el Arzobispo de Montreal, junto con los restos de todos aquellos que la iglesia algún día declarará ser Santos. Su estera, su manto y su crucifijo los consideraban como reliquias preciosas y lo mismo el polvo de su sepulcro.

Como en la vida, así en la muerte. Conociendo la veneración en que tenía la cruz, una gran cruz se levantó sobre su sepulcro. Si venía a tierra, era reemplazada. En 1843 se construyó una que encerraba algunas reliquias suyas. Esta se renovó en 1884. En 1890 el Padre Clarence Walworth, de Albania. hizo que se labrara en forma de urna. un bloque de granito, y se pusiera en el sitio con una inscripción iroquesa, en letras realzadas: "La flor más bella que jamás floreció entre los hombres". Allí está hoy día dicho bloque en la rivera del San Lorenzo sobre los poderosos torrentes, y frente a él una iglesia dedicada a Santa Catalina de Sena.

El bloque de granito es monumental pero las piedras vivas de su pueblo Caunaghwaga, son su verdadero monumento. Aquellos indios han conservado la fé apesar de todos los cambios y sufrimientos.